

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

LA DIANA DE DON ANGEL

Por Federico Villoch.

ENTRE las tiendas que en aquel tiempo le daban vida y animación a la calle del Obispo, contábase en primera línea el almacén de telas finas, llamada «La Diana», propiedad de don Angel Alvarez Arcos, y situada en la esquina de Cuba, con amplias puertas abiertas en ambas calles. El edificio estuvo pintado siempre al óleo, color azul claro, ostentando en uno de los lienzos que daba hacia la calle del Obispo, hábilmente dibujada por una mano de artista, la figura de Diana Cazadora, con sus correspondientes atributos y dentro de un marco ovalado que semejaba ser de oro. Corrientemente se veía al dueño don Angel, de pie en la puerta central de Obispo, de mediana estatura, rostro simpático, color rojo encendido, ostentando su característica pera de coronel de Voluntarios, que lo era de uno de los batallones de dicho Cuerpo; sus conocidos, señoras y caballeros, lo saludaban al pasar; y él contestaba con un sonoro: —¡Vaya usted con Dios! en que se revelaban la bondad y nobleza de su carácter.

Siendo la misma, era, sin embargo, muy otra, la calle del Obispo de entonces. Si el ruido es lo que principalmente le comunica a las calles vida y animación, la del Obispo lo producía entonces hasta lo exagerado, con el rodar de los coches, aun con llantas de acero, y los «riper» de Estanillo, sobre aquellos mal labrados adoquines de granito de que se componía el pavimento de las principales rúas de la capital; miles de ametralladoras, funcionando al propio tiempo, no lo igualaban. Había que hablar a voces para ser oído. El popular doctor Benjamín de Céspedes, de la bohemia intelectual de aquella época, decía que la calle del Obispo era el «nervio gran-simpático» de la Habana.

Ya en otras de nuestras viejas postales nos ocupamos de la calle del Obispo, en general; en ésta de hoy vamos únicamente a referirnos a las tiendas de ropas más nombradas, que existían entonces en ella. La calle del Obispo en esa especialidad, era nuestra «Rue de la Paix», parisiense; como O-Reilly era nuestra «Rue Royale»; San Rafael, hasta Galiano, «La Avenue de la Opera»; la de Muralla, la de «Richelieu», y nuestra extensa y muy movida Calzada del Monte, la de «Lafayette»; y si hacemos uso de esta caprichosa nomenclatura parisiense, es por que en aquella época nos tiraba más lo francés que lo americano...

Prueba de ello, las tiendas de Obispo, de ayer y hoy, con las últimas novedades y obedientes a las exigencias de la moda de París, entre ellas, «La Francia», que tantos años estuvo abierta en la esquina de Aguacate, de los Alvarez, de uno de cuyos hermanos fuimos compañeros de jiras y romerías en Luarca, Setienes, Otur y otros pueblos de Asturias, en el para nosotros inolvidable verano de 1892; otra muy

*Tiendas de
ropa de la
calle del
Obispo*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

concurrida, «El Correo de París», de Rico, desaparecida hace ya bastante tiempo; una famosa peluquería, gracias a cuyas artes y artistas, caballeros y señoras de la Vieja Habana se conservaban—y se conservan aún—eternamente jóvenes; la librería también inexistente, «La Galería Literaria», de los hijos de Pozo, donde por largo tiempo estuvo la redacción de «El Figaro»; la administración, no; porque esa la llevaba ambulante con su persona, en un memorandum de bolsillo, su administrador Fernando Díaz. Antes estuvo en la acera de enfrente la librería, de Miguel Villa, la primera que puso en circulación aquí en la Habana las novelas de Eduardo López Bago, «La Buscona», «El Preso», y otras del género realista que intentaban imitar a las del pontífice de la escuela Emilio Zola.

También recordamos la casa de Quintín Valdés, que igualmente no existe, uno de los famosos decoradores de aquella época, el que se encargó de adornar los salones del Palacio de la Capitanía General, que tampoco existe, para recibir a la Infanta Eulalia, cuando estuvo de paso en la Habana para Nueva York, con objeto de celebrar el cuarto Centenario del Descubrimiento.

Recordamos también entre las tiendas que ha tiempo cerraron sus puertas, la juguetería «El Anteojo», Obispo y Cuba, de Manuel Fernández; la imprenta de Victoriano Bárcenas, «La Diana», que se quemó; «La Habana», esquina a Aguacate, de Casimiro Serna; «La Complaciente» y «La Especial», abaniquería, paraguas y bastones, de las hermanas Tapia, que fué luego del mejicano Carranza; la peletería «El Paseo», esquina a Aguiar, de Pedro Ferrer. Al lado de «La Diana», por Obispo, se hallaba entonces «El Modelo Cubano», fábrica de chocolates, dulces, confituras y venta de armas de fuego, propiedad de don José María Iriarte, hermano, se decía, del autor de la fábula. La botica de Easset, al lado del Modelo. La sombrerería de Ramentol; la famosa panadería «El Negrito», célebre por sus galletas; la sastretería militar y venta de cruces y sables, de Sañudo y Muela; y la popular sastretería de Sáenz de Calahorra, quien aparecía en los periódicos, en medio de sus anuncios, manejando unas enormes tijeras; aunque nos parece recordar que ese establecimiento se hallaba en O-Reilly, calle gemela de la del Obispo; y las sastreterías de Máximo Stein, Arriaza y Selma y «La Sociedad», de los hermanos Fargas: ninguno de estos establecimientos existe al presente.

Eran clientes de «La Diana», el Marqués de Larrinaga y el de Almendares; la Condesa de Fernandina; Chata Carvajal de Carvajal; Antonio Mendoza; la familia Pedroso; el Conde de la Reunión; la familia Arcilla; el Conde de Ibáñez; el de Sagunto y el Marqués de Villalba. El trusó de Loretico Bertematy, que se casó con el Marqués de Almendares, se vendió en «La Diana», y su costo pasó



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

de doce mil pesos; y la mantelería del Conde de Ibáñez, también vendida en el propio establecimiento, costó tres mil pesos. Para la inauguración del Centro Asturiano—1890—vinieron a «La Diana» doce cortes de vestido que se vendieron a doscientos pesos cada uno. La procesión religiosa pasaba por Cuba, y era «La Diana» el lugar de reunión de las mejores familias. La procesión de San Cristóbal creó un serio conflicto, a causa de la colocación de los toldos, discutiéndose si se cortaban los hierros de éstos, o se le cortaban las piernas al santo; creemos recordar que esto último fué lo que se hizo. En la casona colonial que había en la esquina de Cuba, frente a «La Diana», y donde después se abrió un hotel muy conocido, vivió doña Natividad Iznaga del Valle, casada con el Brigadier Francisco A. Albear, quien trazó los planos del acueducto de su nombre; y luego, el Conde de Casa Moré.

Era en los románticos tiempos de la indolencia criolla, en que nuestras mujeres de la alta clase social no se molestaban en apearse de sus quitrines o cochés particulares cuando iban de compras a las tiendas, y los dependientes de éstas les llevaban a aquéllas las telas o mercancías que deseaban adquirir; la época en que eran tan populares y solicitados de las familias habaneras dependientes como Santacana, de la tienda de ropa «La Física Moderna», que estuvo en la calle de la Salud; y Arturo y Gastón, de las peleterías «La Granada», de Obispo, y «La Josefina», de Muralla, las dos ya desaparecidas. Aurelio Peón, ya fallecido, también figuraba en el número de estos dependientes que pudiéramos llamar «familiares», por su simpatía y exquisito trato, quien durante mucho tiempo perteneció a una de las más populares y iamosas tiendas de la calle de San Rafael. También, mediante un aviso de la negrita criada de la casa—por que el teléfono todavía no era lo corriente—los dependientes más jóvenes llevaban a aquélla, los muestrarios y las mercancías que se les encargara, sucediéndose aquellas pintorescas escenas que tan fielmente copiaron algunas piecitas de nuestro teatro bufo, entre los citados mozos de las tiendas, y las señoras y señoritas de las casas. Después de mucho revolver, discutir, regatear y probarse en vano, pares y más pares de zapatos de varias clases, una de las muchachas acababa por decirle al dependiente, al que ya conocían de otras veces:

—Mira, chico; tráeme unos pares de polainas del treinta al treinta y dos que tengan ancha la «caña», porque fijate que tengo un poco gruesas las pantorrillas.

—Se ve—contestaba el mozo, envolviéndola en una golosa mirada.

—A mí—agregaba la tía solterona—me traes un «corte bajo», del número...

—Ya—se anticipaba a contestarle el mozo, que estaba acostumbrado a servirle—para usted el 43 esparramao.

Y hacía mutis por la puerta de la calle, echándose al hombro la pesada y tambaleante columna de cajas de zapatos. Con el tiempo, y el frecuente trato, surgían a veces de estas visitas, pruebas y regateos, no pocos matrimonios felices, bases que fueron de muchas nombradas familias cubano-españolas.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Don Angel era natural de Asturias, de la villa de Soto del Barco, entusiasta de los modernos procedimientos comerciales y de los grandes anuncios a la americana, en los periódicos. No satisfecho con los que tenía en el DIARIO, «La Unión», «La Lucha», «El Figaro», «La Habana Elegante» y otros periódicos de nombre, sufragaba aparte los gastos de una revista titulada «El Bienhechor de las Familias», de cuya dirección, redacción, distribución, etc., tuvo a bien encargarnos, con una no mala retribución semanal, en centenes. Ello nos sirvió para conocerle íntimamente. Era caritativo, bondadoso, y, a pesar de las malsanas influencias políticas de la época, muy tolerante y comprensivo. Bajo aquel rudo aspecto bélico que lo distinguía, era amigo de la broma y del buen humor criollo. En la sala de su casa particular, en los altos de la tienda, había hecho instalar don Angel un teléfono de gran potencia, conectado con otro que se hallaba en el escenario del Gran Teatro de Tacón, y por medio del cual se transmitían al primero, las óperas y zarzuelas que en aquél se representaban, oyéndolas a la perfección las familias que don Angel invitaba atentamente a su casa, con especialidad aquellas que figuraban en el número de las clientes más escogidas del establecimiento, siendo atendidas por la señora de don Angel, la muy culta doña Felicia San Bartolomé. En estas veladas también figuraba, a veces, Julio, hijo del matrimonio Arcos San Bartolomé, entonces aprovechado estudiante de Belén, y hoy abogado de nombre y asesor de varias instituciones de importancia.

Ya Eca de Queiros, en su genial obra «La Ciudad y la Sierra», refiriéndose a los varios aparatos que su héroe Jacinto, el Príncipe de la «Gran Ventura», acumulara, en 1875, en su biblioteca del 202, en pleno Campos Eliseos de París, como ejemplo de super-civilización, habla del «conferenciófono», y del «teatrófono», que eran como los preludios de nuestro asombroso radio moderno. En el escritorio de «La Diana» trabajaba como tenedor de libros Joaquín Leoz, uno de los autores más aplaudidos del entonces popular teatro «Torrecilla», joven ocurrente, decidor y de una familia que tenía en gran estimación don Angel. Durante mucho tiempo, y en tanto no se ampliaron las academias de algunos centros regionales, esta plaza de tenedor de libros de los almacenes y tiendas, fué desempeñada generalmente por jóvenes del país; y de ellos conocimos a Lanuza, tío del gran jurista habanero de su propio apellido; Melgares, Lezama, Santiago Carratalá, Arturo Foyo, Leoz, Sabatés, Corominas, etc.; y algunos, como Foyo y Carratalá, pasaron a ser consocios de los almacenes en que prestaban sus servicios...

Bajando ha días, lentamente, en uno de esos paseos mafianeros que solemos dar de vez en cuando por las calles y plazas de nuestra querida Habana, despertando recuerdos y recogiendo datos para nuestras postales, bajando, decíamos, por lo que la gente llama la acera derecha de la calle del Obispo—que es en realidad, la izquierda, porque la calle comienza en Oficios, frente a Palacio—nos encontramos en la esquina de Cuba con una señora antigua amiga nuestra, que muy bien puede pasar de los 65, y a cuyas bodas, en el esplendor de sus veinte, asistimos



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

5

allá por el año 1885, en nuestra calidad de cronista elegante que lo éramos entonces en uno de nuestros principales periódicos. La señora salía de las oficinas de la Wester Union, que ocupan al presente el amplio local que fué «La Diana de don Angel», de ponerle un cablegrama a un su nieto, que se educa en uno de los mejores colegios de New York: —¡Qué extraño, postalista, nos dijo, que no le haya dedicado usted uno de sus trabajos a aquella tienda «La Diana», tan famosa, que estuvo abierta en esta esquina tantos años! —Recogeremos su indicación, señora —le contestamos con el regocijo del escritor que encuentra inesperadamente un asunto para sus trabajos—y, elegante, y persona de buen gusto que fué en su tiempo, agregó dicha señora con un leve acento de amargura: —Ya no se ven aquellas telas que recibía don Angel; aquellas telas únicas, el gro, el moaré, el tafetán, los encajes de Inglaterra y de Bruselas, los alemaniscos para la manteletería; aquel warandol que costaba a cinco pesos la vara; aquellos estampados de pinta fija que venían de Bélgica, de Inglaterra, de Francia; hoy se les van a usted de entre las manos; al primer lavado desaparecen... Y agregó con su sonrisa intencionada de «descolorida» inconforme: —Ya nada, ni nadie, tiene ¡ay! pinta fija...

La primorosa gracia, el sutil atractivo, la suave belleza de nuestra amiga han envejecido; pero no desaparecido. Su gesto de alta y fina distinción, su porte elegante, su aire de delicada feminidad se conservan a semejanza de esas rosas que permanecieron olvidadas entre las páginas de un libro que se leyó con amor, y, que al ser encontrados un día, despiertan, vivos y latentes, en nuestra memoria, su color y su perfume extintos: la linda joven de ayer es una «vieja bonita» que, como todas las mujeres cultas de aquel bello pasado, conservan fija «la pinta». Y ahora verá nuestra amiga, que aquel nuestro casual encuentro en la esquina de Obispo y Cuba, no fué infructuoso; y que, gracias a él, evocando y zurciendo recuerdos, nos ha servido para escribir esta «vieja postal descolorida»—que le dedicamos a ella, y a la distinguida y muy culta dama doña Felicia de San Bartolomé, viuda de Alvarez Arcos—y que titulamos LA DIANA DE DON ANGEL.

Don, Nov 24/40



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA